

San Agustín

Tema: La revelación hecha a los pequeños y el yugo de Cristo (Mt 11,25-29).

1. Hemos oído en el Evangelio que el Señor, regocijado en el Espíritu, dijo a Dios Padre: Te confieso, Padre, Señor de cielo y tierra, porque escondiste esto a los sabios y prudentes y se lo revelaste a los pequeños. Así, Padre, pues así fue acepto ante ti. Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y a quien quisiere el Hijo revelarlo. Yo me fatigo declamando, vosotros os fatigáis escuchando. Oigamos, pues, a él, que continúa diciendo: Venid a mí todos los que os fatigáis. ¿Y por qué nos fatigamos todos sino porque somos hombres mortales, frágiles, débiles, portadores de vasos de barro, que recíprocamente se producen roces? Pero si se encogen los vasos de carne, dilátense los espacios del amor. ¿Por qué dice Venid a mí todos los que os fatigáis sino para que os fatiguéis? En fin, su promesa está ahí: ya que llama a los que trabajan, preguntarán quizá qué salario se les ofrece: Y yo, dice, os recrearé.

2. Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mi, no a fabricar el mundo, no a crear todo lo invisible e invisible, no a hacer milagros en el mismo mundo y a resucitar a los muertos, sino que soy manso y humilde de corazón. ¿Quieres ser grande? Comienza por lo ínfimo. ¿Piensas construir una gran fábrica en altura? Piensa primero en el cimiento de la humildad. Y cuanto mayor mole pretende alguien imponer al edificio, cuanto más elevado sea el edificio, tanto más profundo cava el cimiento. Cuando la fábrica se construye, sube a lo alto; pero quien cava fundamentos se hunde en la zanja. Luego la fábrica se humilla antes de elevarse y después de la humillación se remonta hasta el remate.

3. ¿Cuál es el remate de la fábrica que intentamos construir? ¿Adónde ha de llegar la crestería del edificio? Pronto lo digo, hasta la presencia de Dios. Ya veis cuán excelso es, cuán gran cosa es ver a Dios. Quien lo desea, entiende lo que yo digo y lo que él oye. Se nos promete la visión de Dios, del Dios verdadero, del Dios sumo. Y esto es lo bueno, ver a quien ve. Los que dan culto a falsos dioses, fácilmente los ven; pero ven a los que tienen ojos y no ven. En cambio, a nosotros se nos promete la visión de un Dios que vive y ve, para que codiciemos ver a aquel Dios, del que dice la Escritura: ¿El que plantó el oído, no oírás? ¿Quien creó el ojo, no verá? ¿No oírás quien te hizo el órgano con que oyes? ¿Y no verá quien te dio con que vieras? Bien habla en el mismo salmo y dice: Entended, pues, los que sois necios en el pueblo; y vosotros, insensatos, aprended algún día. Hay muchos que obran mal, porque piensan que no son vistos por Dios. Es difícil que crean que él no puede ver; pero se imaginan que no quiere. Se hallan pocos impíos tan grandes, que se cumpla en ellos lo que está escrito: Dijo el insensato en su corazón: no hay Dios. Pocos tienen tamaña locura. Así como pocos tienen una gran piedad, así pocos tienen una gran impiedad. Pero lo que estoy diciendo lo dice la turba: ¿Es que ahora va a pensar Dios, para saber qué hago en mi casa, o se interesa por lo que hago en mi cama? ¿Quién lo dice?

Entended los que sois necios en el pueblo; y vosotros, insensatos, aprended de una vez. Puesto que tú, como hombre, te fatigas averiguando todo lo que ocurre en tu casa, todas las palabras y todas las obras de tus esclavos, ¿piensas que también Dios se fatiga al mirarte a ti cuando no se fatigó al crearte a ti? ¿No dirigirá hacia ti su ojo quien hizo el tuyo? No eras, y te hizo para que fueras; ¿no te mirará, cuando ya eres, el que llama a las cosas que no son como si fuesen? No te lisonjees con tales cosas. Quieras o no, te ve; y no hay donde te escondas de sus ojos. Porque si subes al cielo, allí está, y si descendes al infierno, allí aparece, Te fatigas negándote a dejar tus malas obras y pretendiendo que no te vea Dios. ¡Duro trabajo! Cada día intentas hacer maldades, y ¿sospechas que no te ve? Escucha a la Escritura que dice: El que plantó el oído, ¿no oirá? Quien creó el ojo, ¿no verá? ¿Dónde escondes tus malas acciones de los ojos de Dios? Si no quieres renunciar a ellas, trabajo te buscas.

4. Escucha al que dice: Venid a mí todos los que os fatigáis. No acabarás rehuyendo el trabajo. ¿Eliges huir de él y no a él? Encuentra adónde y huye. Y si no puedes huir de él, porque está doquier presente, huye a Dios de inmediato, pues está presente donde tú estás. Huye. He ahí que huyendo escalaste los cielos; allí está; descendiste a los infiernos, allí está. En cualesquiera soledades terrenas que elijas, está el que dijo Yo lleno el cielo y la tierra. Si él llena el cielo y la tierra, y no hay adónde puedas huir de él, no te fatigues; huye a su presencia, y no tienes que sentirle venir. Supón que le verás viviendo bien, ya que él te ve cuando vives mal. Viviendo mal, puedes ser visto, no puedes ver; pero viviendo bien, eres visto y ves. ¿Con cuánta mayor familiaridad te verá quien corona al digno, pues vio misericordiosamente para llamar al indigno? Natanael dijo al Señor, a quien aún no conocía: ¿De qué me conoces? Y el Señor le dijo: Cuando estabas bajo la higuera, te vi. Cristo te ve en tu tiniebla, y ¿no te verá en su luz? ¿Qué significa entonces cuando estabas bajo la higuera te vi? ¿Qué quiere decir eso o qué significa? Recuerda el pecado original de Adán, en quien todos morimos. Nada más pecar se hizo una faja de hojas de higuera, significando en tales hojas el prurito de la libido, producido por su pecado. De él nacemos, así nacemos, nacemos en carne de pecado, que sólo encuentra cura en la imagen de carne de pecado. Por eso envió Dios a su Hijo en esa semejanza de carne de pecado. Vino de ahí, pero no vino así. Porque la Virgen no lo concibió en la libido, sino en la fe. Vino a la Virgen quien existía antes que la Virgen. Eligió a la que había creado, creó a la que había de elegir. Ofreció a la Virgen la fecundidad, no le quitó la integridad. Por ende, quien sin el prurito de las hojas de higuera vino a ti, cuando estabas bajo la higuera te vio. Prepárate para ver en sublimidad a quien te vio en misericordia. Mas como se trata de una cúspide muy alta, piensa en el cimientto. Y dirás: ¿En qué cimientto? Aprended de él que es manso y humilde de corazón. Cava en ti ese cimientto de humildad y llegarás a la cúspide de la caridad. Vueltos hacia el Señor...

SERMON 69

(San Agustín, Obras Completas, X-2º, Sermones, BAC, Madrid, 1983, Pág. 293-297)